



PRIMER RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE curso 2022-2023

**“CARMINA,
¿LA
ASESINA?”**

**UNIVERSIDAD
POPULAR
AULA DE LITERATURA
OCTUBRE 2022**

ÍNDICE

HOMICIDIO JUSTIFICADO	Ángel Rodríguez	4
SE HA ESCRITO UN CRIMEN	Víctor M. Jiménez Andrada	5
WILDEMIRA	Pilar Alcántara	6
LA IMPUNIDAD QUE OTORGAN SUS OJOS	Salvador Vaquero	7
¿SOSPECHOSA?	Joaquina Campón	8
SIN TÍTULO	Juana García	9
CRIMEN PERFECTO	Belén Gómez	10
ACUSACIÓN	J.C. Santa	11
CULPABLE	José A. García Feria	12
LA VENGANZA	Isabel González	13
YA PASÓ TODO	Antonio Polo	14

HOMICIDIO JUSTIFICADO

Justo Domínguez era un anciano. Vivía en el tercero derecha, justo encima de mí, por eso le dije a la policía que escuchaba un taconeo frecuente en el piso de arriba. Casi todas las noches durante el telediario un repiqueteo intenso inundaba todo mi pequeño apartamento, a veces se detenía y unos acordes flamencos de guitarra sonaban débiles. Esa cadencia de cuerdas y taconeo se extendía al menos dos horas.

¡Claro! Y esto no se lo dije al policía que, muy amable, vino a interrogarme, impedía que escuchara el telediario y la película que venía después.

Yo lo llamaba don Justo, había sido practicante del pueblo y cuando enviudó, se vino a la ciudad porque tenía mal el corazón y el hospital está cerca de mi casa.

Antes Carmina me visitaba casi todos los días, por la noche nos sentábamos frente al televisor, ella preguntaba cosas o hacía comentarios sobre alguna noticia y después, en la película a veces lloraba y venía a refugiarse en mis brazos. Es una chica excepcional en todos los sentidos y confirmo que llegué a estar un poco enamorado de ella. Pero todo cambió cuando hace dos años, don Justo se mudó a esta casa. Carmina dejó de hablarme, además cada vez que nos cruzábamos en la escalera contorneaba sus caderas, evidenciaba su busto y con una descarada sonrisa alzaba su cara sin hacer caso de mis ojos anhelantes.

Como soy el presidente de la comunidad y vivo en el edificio desde su construcción, de eso hace casi cincuenta años, tengo las llaves de muchos pisos y el de don Justo es uno de ellos, así que la noche del martes, cuando acabó el taconeo, subí y con una figura de bronce que representaba al discóbolo de Mirón, le di dos golpes a la cabeza de don Justo que dormía plácidamente en su sillón. Apenas un leve movimiento de sus piernas y quedó inmóvil, sin respirar, busqué algunas joyas y algo de dinero y los deposité en el piso vacío de Carmina.

Esta mañana se la han llevado esposada, desecha en lágrimas y vociferando su inocencia. Pero yo sé que es culpable, al menos de crueldad, abandono y petulancia.

Ángel Rodríguez

SE HA ESCRITO UN CRIMEN

En recuerdo de Angela Lansbury

Por mucho que me interroguen, mis respuestas serán siempre las mismas. Yo les entiendo a ustedes. Buscan a la persona sospechosa de cargarse a la señora Dori y yo tengo todas las papeletas. El vecindario sabe que me la tenía jurada. No podía ni verme y hacía lo posible por fastidiarme. Empezó extendiendo rumores sobre mí, como si fueran una niebla que se metía por debajo de cada puerta. Que si era una golfa bollera, que si invitaba a mis amiguitas a casa para drogarnos y darnos al pecado, que si me dedicaba al trapicheo, que si corrompía a menores de edad, que si era una sinvergüenza descarada que la insultaba cada vez que nos cruzábamos en las escaleras. Y miren, eso es cierto. Claro que la insultaba. ¿Ustedes se hubieran mordido la lengua? ¿Cómo no iba a hacerlo si ella era la primera siempre en disparar cuando yo solo trataba de pasar desapercibida? Luego empezaron sus acciones terroristas, bien tramadas y ejecutadas para una señora de su edad: robo del felpudo, pintadas en mi puerta, palillos con silicona en la cerradura, salpicaduras de lejía sobre mi ropa tendida, las cartas calcinadas en mi buzón y una larga lista de fechorías que nos darían para una buena tertulia. La odiaba, sí, tienen razón, aunque de ahí a matarla aplastándole la cabeza con un macetero, hay un mundo. No voy a decir que lo sienta, desde luego, pero tampoco quería que las cosas sucedieran así. No soy violenta, eso cualquiera se lo puede decir, y menos a ese nivel. Además, ya le había cogido el punto, y hasta me hacían gracia y me daban cierto morbo nuestros enfrentamientos. ¿Un abogado? No, prefiero que avisen a la señora Jessica Fletcher. Ella es toda una autoridad en la materia y estoy segura de que demostrará mi inocencia y les entregará en bandeja de plata al asesino.

* * *

Noticias de la mañana: La escritora Jessica Beatrice Fletcher ha resuelto, con la pericia que la caracteriza, un nuevo crimen. Carmina López ha quedado en libertad sin cargos después de que la insigne investigadora demostrara su inocencia. La policía ha detenido al sobrino de la víctima, conocido ludópata y único heredero de los ahorros de la finada.

Víctor M. Jiménez Andrada

WILDEMIRA

Mi vecina Wildemira pensaba que éramos amigas, pero de eso nada, vecinas y solamente vecinas. Porque yo no critico a nadie, pero Wildemira era un poco lianta.

Líbreme Dios de insultar a ninguna persona, pero es que era una rara y lo tengo que decir. Le repito que yo, de verdad, de verdad, que nunca hablo mal de nadie, pero es que le juro que era una ladrona. Me quitaba las pinzas de la ropa y hasta las bragas tendidas. La gente luego es muy exagerada, que, si nos pegamos un día, dicen. Total, fue una peleilla de nada. La pesqué infraganti, con las bragas de puntillas en las manos, las nuevas, las que me compré en el Primor. Pues sí, la agarré de los pelos y se las pedí y ella, dale que dale que eran suyas. Y no. Estaban en mi cuerda. Nos peleamos, sí, pero no llegamos a mayores. Ahora está muerta. ¿Se cayó por la terraza? Yo juro, como Carmina que me llamo, que esta que está aquí no tiene nada que ver, que cuando la empujaron yo estaba duchándome. Que eso también lo tenía Wildemira muy distinto a mí, lo de ser muy guarra, siento decirlo. Ahora me quieren echar la muerta a mí. Que si éramos amigas y estábamos enfrentadas. Que no, que la gente habla mucho. Yo le juro, señor juez, que soy inocente. Era solo mi vecina, sí, pero nos llevábamos bien. Como cualquier vecina del bloque. Yo no la maté. De algún modo podrá comprobarse que yo estaba bajo el agua de ducha cantando. Alguien tuvo que oírme, porque en estas paredes se oye todo. No. Yo no fui.

Lo juro, como Carmina que me llamo.

Pilar Alcántara

LA IMPUNIDAD QUE OTORGAN SUS OJOS

Todos sabían que era la culpable, sin embargo, bastó aquella mirada inocente que hacía derretirse a las piedras para que nadie la inculpara y tiraran sin más a la basura la muñeca de trapo rota por la mitad, mientras arrojaban a Carmina un nuevo hueso.

Salvador Vaquero

¿SOSPECHOSA?

Carmina llora al ver el rechazo vecinal culpándola de la muerte de su vecino Anselmo.

Ese día fue vista al salir de su casa cuando le llevó un bizcocho que le había hecho. Llamó a la puerta, pero, como en otras ocasiones, se encontraba abierta y sin más, entró. Al llegar a la cocina lo descubrió tendido en el suelo. Su cuerpo yacía sin vida. Salió de allí y llamó a algunas puertas vecinales, pero nadie acudió.

Carmina era una joven soltera de ojos negros y pestañas grandes, su pelo era negro y rizado y su simpatía y educación le hacía ser amiga de sus convecinos.

La policía hizo acto de presencia en el lugar y un vecino, que dijo haberla visto salir de la casa, la señala como culpable.

La policía también la declara como la principal sospechosa, pero Carmina siguió afirmando que él estaba difunto cuando llegó a su casa, aunque nadie la cree.

Por todo ello, contrató a un detective para recabar pruebas, pero después de meses en el intento, no aportó nada nuevo.

Pasaba el tiempo y llegaba el día del juicio.

Una tarde, pensando en su defensa, se acordó que Javier, el novio de Charo, la vecina de enfrente, venía a verla todos los días. Se sentó en el porche a esperar su llegada y al verlo venir salió a su encuentro. Con gran nerviosismo le preguntó si la vio salir de la casa del señor Anselmo el día de su muerte. Ante su respuesta afirmativa le consultó si recordaba la hora que era.

— Sí, porque vengo en el tren de cercanías y todos los días llega sobre las cinco y veinte de la tarde.

Carmina, agradecida y aliviada, le dio un fuerte abrazo pues, según la autopsia, el cadáver llevaba muerto desde las ocho de la mañana.

Carmina llora a escondidas intentando calmar la angustia que le ha provocado el rechazo vecinal.

Joaquina Campón

Tenían muy buena relación. Desde que Petra quedó sola al fallecer su marido su amistad se hizo más estrecha por lo cual algunos fines de semana comían juntas e incluso hacían algún viaje.

Vivían en el mismo rellano de un edificio de cinco plantas con cuatro viviendas en cada una de ellas.

Petra solía pasar temporadas fuera, por lo que había repartido copias de las llaves de casa entre algunos de sus amigos, incluida Carmina, con el fin de que le regasen algunas plantas que tenía, para ventilar, abrir ventanas y sobre todo para evitar posibles “okupas” al ver la casa sin actividad durante mucho tiempo.

A veces no le daba tiempo a despedirse si decidía viajar, luego mandaba un WhatsApp advirtiéndole a sus amigos para que no olvidasen pasar por su casa.

Por eso nadie sospechó cuando transcurrieron algunos días sin verla.

Como no recibieron ningún mensaje, una de estas personas que custodiaba un juego de llaves decidió pasar una mañana para asegurarse que todo estaba bien. Llamó al timbre una y otra vez, al no obtener respuesta hizo uso de su copia y abrió la puerta.

Al entrar, un extraño olor sacudió su nariz, pensó que un posible corte de luz había echado a perder las reservas del frigorífico. Por lo tanto, se dirigió, en primer lugar, a la cocina y comprobó que todo estaba en orden.

Pero el olor cada vez era más intenso. Al llegar a la habitación de Petra un grito de horror resonó por toda la casa.

De inmediato avisó a la policía. La escena no dejaba lugar a dudas, a su amiga le habían dado un certero tiro en el pecho.

La policía no encontró ni rastro del arma homicida a pesar de examinar toda la estancia con detenimiento.

Los primeros en ser interrogados fueron los portadores de las llaves de la casa, entre ellos, Carmina, que resultó ser la primera sospechosa, aunque solo fuera por ser también vecina. La autopsia reveló que la finada llevaba más de cuatro días muerta.

Al ser interrogado uno de los vecinos, mencionó haber visto salir a Carmina hacía unos días de la casa, pero no supo concretar cuántos.

Carmina mostró entonces un mensaje de su amiga de hacía sólo cuatro días a las ocho y treinta de la mañana donde le decía: ¡Hola! Me ausento de nuevo, pero he dejado las plantas regadas al menos para una semana por lo que no será necesario que te ocupes de ellas en unos días. ¡Besos!

La policía al ver el mensaje comprendió que se les había pasado algo importante y abrió una nueva línea de investigación; buscar el teléfono móvil de la difunta que no recordaban haber visto entre sus pertenencias.

Juana García

CRIMEN IMPERFECTO

A Carmina le encantaban las series de asesinatos. Por las noches soñaba con cometer el crimen perfecto, ese que ni el CSI, ni Bones, ni siquiera el Mentalista fueran capaces de resolver.

Cuando encontró a Doña Obdulia, la señora para la que trabajaba, en la bañera, con la cabeza abierta y bañada en sangre, pensó que por fin había llegado su momento de gloria. Se puso los guantes y cogió la figurita del Cristo de Limpias a la que Doña Obdulia le tenía tanta devoción y le sacudió con todas sus fuerzas en la cabeza, justo donde la pobre mujer se había dado al caer. Luego la escondió, no mucho, porque la policía española no es como la americana. Buscó unos zapatos del difunto don Atanasio que la señora guardaba en un armario, se los puso y fue caminando hacia atrás, para fingir que había entrado un hombre. Salpicó sangre aquí y allá, como había visto tantas veces y, una vez que terminó de crear la escena del falso crimen, llamó a la policía.

Tardaron en llegar bastante más que en las series. Carmina, aburrida de esperar, puso un rato la tele, estaba empezando un capítulo antiguo de “El Mentalista”. Justo cuando la Inspectora Lisbon y Patrick Jane llegaban a la escena del crimen, sonó el timbre.

Carmina respiró hondo y se metió en su papel. Eran también un hombre y una mujer. Los llevó al cuarto de baño y dio tantas explicaciones que enseguida sospecharon de ella. ¡Que ilusión le hizo que le pusiera las esposas aquel policía tan guapo!

Mientras bajaban en el ascensor, el policía, que en realidad era un cincuentón con barriga cervecera, trataba de calmarla pensando que estaba asustada. Nada más lejos de la realidad, Carmina no podía contener la alegría de verse salir así. Se oían sirenas, seguro que habría un montón de agentes, quizás algún periodista avisado, de esos que tienen intervenidas las líneas de la policía. Su sueño se hacía realidad.

Pero abajo no estaba más que la ambulancia y unos cuantos curiosos que miraban sin mucho interés. El policía la ayudó a subir en el coche y la acompañó hasta que terminaron con los trámites en la comisaría.

Esa noche en la cárcel, la pasó soñando despierta: saldría en el telediario, en los periódicos, en las redes. El juicio se emitirá por televisión y ella, sin necesidad de abogado iría desmontando una por una las teorías del juez y conseguiría convencer al jurado de su inocencia. Fue completamente feliz, ella era la asesina perfecta, no había cometido ni un fallo.

Pero Carmina había cometido un fallo y uno muy gordo: ello no había asesinado a doña Obdulia. En cuanto le hicieron la autopsia se vio que había muerto a causa del golpe que se dio en la bañera. No podía haber sido más que Carmina la que había montado el tinglado del asesinato al que nadie le veía sentido. La dejaron libre, recomendándole, eso sí, visitar a un buen psicólogo.

La decepción de la pobre Carmina fue grande. Bueno, pensó, por lo menos estará esperando la prensa para saber por qué lo he hecho. Pero ni eso, a la puerta de la comisaría solo había un Seat panda azul con alguien dentro. Carmina sonrió, era el policía guapetón que la había llevado presa.

Belén Gómez

ACUSACIÓN

—Ya hace dos meses que murió mi vecino y la policía se ha puesto en contacto conmigo. Quieren que vuelva a comisaría a prestar declaración. Según entendí, han encontrado incongruencias o contradicciones en mi primera declaración.

—...

—¿Cómo que vosotros qué tenéis que ver? Os contraté porque me aseguraron que sois una agencia seria y resulta que vuestro sicario dejó tantas pistas que ya lo tienen detenido. Habrá cantado la Traviata.

—...

—No. No voy a aceptar la excusa de que era un principiante. Dejé bien claro que debía parecer un accidente y está resultado una chapuza. ¡Joder, hasta tienen al asesino! ¿Es o no es para estar asustada?

—...

—Sí, sí. Por supuesto que me reafirmaré en la coartada que me proporcionasteis, pero necesito que la desarrolléis un poco más, sin pasarse, debe parecer real. Si hace falta le pedís ayuda a algún escritor, que esos siempre tienen recursos.

—...

—Pues sí, lo necesito rápido. Tengo que tener esa información antes del viernes, que es cuando me han citado a declarar.

—...

—Espero que esto se resuelva sin que me salpique más de lo que ya lo está haciendo porque, cuando todo esto se calme, tengo una vecina que...

J. C. Santa

CULPABLE

Estaba muy dolida últimamente con el comportamiento de Alberto. La sarta de disparates y mentiras, promesas incumplidas, por parte de su amante, propició que aquella fatídica mañana Carmina le colocara tres balazos casi concéntricos en aquel pecho que tantas veces le sirvió de regazo en sus ardientes encuentros.

Las dos casas adosadas con inmensos jardines y su relación de vecindad originó el acercamiento.

Carmina llegó de Colombia dejando allí a sus dos hijos y una relación de pareja hecha jirones, entró como asistenta en esa casa buscando la panacea del primer mundo.

Alberto, por el contrario, era el fiel ejemplo de ese mundo sin carencias y cómodamente instalado. Llevaba ya tiempo teletrabajando y pasaba las mañanas solo en su casa, como ella en la casa de al lado en sus labores domésticas.

Cuando Alberto la vio por primera vez quedó asombrado por su tipo y belleza, pero por encima de todo ya no pudo olvidar nunca aquellos labios sensuales que secuestraron su voluntad. Los encuentros eran en casa de él y hacían un alto en sus quehaceres para ese retozo íntimo que cada vez se les hacía más corto. Poco a poco Carmina se iba familiarizando con esa segunda residencia y esperaba ansiosa el encuentro con su amante. Entraba por una pequeña puerta en el jardín, totalmente opuesta a la calle y entrada principal, allí no había cámaras. La casa sí tenía un sofisticado sistema de alarma, pero la conectaban por la noche y en las ausencias. Una caja fuerte albergaba una pistola, tenía su licencia tipo B, heredada de su padre y que Alberto también pudo justificar para su seguridad y defensa por correr su vida peligro. Ni la existencia del arma ni la clave de la caja eran desconocidas para ella. La pasión exacerbada abre corazones en canal y tritura secretos férreamente guardados.

La policía no tenía dudas de su culpabilidad, encontraron huellas por todas partes y ella lo confesó todo. Todo lo referente a su relación con pelos y señales, negando haberlo matado, y nunca dijo lo de los guantes para extraer la pistola, mientras Alberto se duchaba. No podían reconstruir sus movimientos a través de su teléfono, no había ninguna antena que la delatara posicionándola en un lugar concreto y a una hora determinada. Tampoco había testigos.

A Carmina se la veía tranquila tomando su segundo café de la mañana, hablando con sus hijos, allende el Atlántico, desde su Nokia entrañable, solo llamadas, de toda la vida.

José A. García Feria

LA VENGANZA

Los hechos ocurridos recientemente me han hecho replantearme que el odio y la venganza solo sirven para envenenar el corazón y en este caso, la venganza acabó en muerte. La hipótesis de la policía: ASESINATO. Sospechosa principal: la vecina de al lado, YO.

Las rencillas entre nosotras venían de lejos. Los patios de nuestras casas solo están separados por una valla metálica de red, cubierta de plantas trepadoras, cada cual más invasiva y dañina. Ahí empezó la primera causa de fricción. Las numerosas e “imperdonables” afrentas, reales o imaginarias, iban escalando en intensidad: árboles que desplegaban sus molestas ramas por encima de la valla, inundando el patio vecino de hojas; herbicidas asesinos de plantas, vertidos furtivamente sobre las inocentes macetas; ruidos espantosos a la hora de la siesta; música a todo volumen; nietos gritones colando la pelota en casa ajena...La gota que colmó el vaso fue el incidente con el gato de Juana. Siempre estaba haciendo de las suyas con sus incursiones: se tumbaba en mis cojines, llenándolos de pelos; orinaba sobre mis plantas; me dejaba animalillos muertos por doquier y se comió un chorizo casero que, en un descuido, dejé olvidado sobre la mesa del patio. No aguanté más, compré un veneno y se lo puse en un platito de comida. El efecto no se hizo esperar; el pobrecito murió entre estertores en los brazos de su apenada ama. Ella nunca me perdonó y juró vengarse cuando menos lo esperara.

Las dos nos habíamos amenazado e insultado a gritos muchas veces y todos los vecinos nos habían oído. Por eso cuando Juana apareció muerta, envenenada, en la cocina de su casa, todos los dedos me señalaron a mí, Carmina, como culpable.

Pero yo no había sido, aunque le había deseado toda clase de males, y ahora tenía que demostrar mi inocencia. El bote con el veneno para el gato quedó vacío y tenía un testigo para corroborarlo. Mi sobrina me descubrió cuando lo utilicé y me cayó una bronca monumental. En mi investigación partía de tres premisas: 1. Sería fácil averiguar quién había comprado el veneno y dónde, pues solo había una tienda que vendiera estos productos en el pueblo. 2. Por otro lado, todo el vecindario sabía que Juana sufría de depresión, visitaba al psiquiatra periódicamente y tomaba antidepresivos. 3. Había jurado vengarse de mí de forma implacable.

Le conté mis sospechas a la policía: Juana podría haberse suicidado, utilizando el mismo veneno, con el fin de implicarme y así consumir su venganza. La investigación policial corroboró mi hipótesis. La hija de Juana confesó que su madre le había dicho que no quería seguir viviendo, que se sentía muy mal. También le habló muchas veces de su odio hacia mí. La policía al fin cerró el caso concluyendo que se trataba de un suicidio y me exoneraron de toda sospecha.

Isabel González

YA PASÓ TODO

Hacía más de dos años que no la veía. La recuerdo bien. Carmina, mi vecina, estaba ensimismada mirando por la ventana al vacío.

—No importa, ya pasó todo— le dije, mientras recordaba mi declaración al juez...

Mi casa está enfrente de la suya. Cuando me instalé, todo el vecindario les consideraba una pareja feliz. Sin embargo, al cabo de unos meses empezaron los problemas. No hubo denuncias de maltrato, pero todos los vecinos escuchábamos sus trifulcas que eran cada vez más frecuentes.

Aquella calurosa noche de verano todas las ventanas estaban abiertas. Escuché una discusión al otro lado de la calle, un portazo y el ruido de un motor al arrancar. Me asomé y vi salir el coche conducido por Carmina. Sus luces se desvanecieron en la oscuridad. Me quedé pensativo fumando un cigarrillo. No lo había terminado aún, cuando vi una figura oscura que surgió por el jardín y se acercó a la ventana de la cocina. Oí cómo rompía los cristales y a continuación saltaba por la ventana. Todo fue muy rápido, adiviné con claridad un gemido sordo y varios golpes secos que me asustaron. Tras un momento de tensa espera, vi salir al asesino con una mochila y cómo dejaba una barra de metal en un cubo de basura. Después se montó en una moto y desapareció. Puede que haya habido un asesinato, pensé. Puede que sea el único testigo, pues la casa de los Rodríguez sigue sin alquilarse y los Pérez me dijeron hace unos días que salían de vacaciones. Por supuesto que decidí avisar a la policía.

Mis sospechas no eran infundadas. La policía encontró el arma homicida con restos de sangre del difunto marido de Carmina. Todo coincidía con lo que les conté. Pero por supuesto que no había ninguna huella, ni pude identificar al asesino en la penumbra. Y el dineral en joyas y efectivo que guardaban en la caja fuerte había desaparecido. Debí hacerlo un profesional. Fue una suerte que yo estuviera allí. De lo contrario le habría sido muy difícil a Carmina probar su inocencia, dirían que le mató ella, que se habría quedado con el botín para simular un robo, para cobrar el seguro y no sé cuántos inventos más ...

Tras aquellos desgraciados sucesos Carmina se mudó a vivir a otra casa que tenía de herencia de sus padres en Alicante. Yo también me mudé muy lejos e inicié una nueva vida. Desde mi declaración huyo pensando que aquella sombra me persigue.

Y ahora, nos habíamos encontrado después de tanto tiempo, en este hotel junto a la playa. Hacía más de dos años que no la veía. La recuerdo bien. Carmina, mi amante, estaba bellísima desnuda mirando por la ventana el mar.

—No importa, ya pasó todo— le dije.

Antonio Polo